

EL PENSAMIENTO

POR

A. B.



BUENOS AIRES

—

IMPRESA DE LA TRIBUNA, CALLE DE LA VICTORIA NUM 37

—

1878

A Y.... P....

Dedica estas páginas

EL AUTOR.

I

Cárlos amaba apasionadamente á Cecilia, huérfana de padre, que vivía en compañía de su madre en la ciudad de Rio Janeiro. Cecilia poseía una cuantiosa fortuna, herencia de su padre, y tenía diez y ocho años.

En esa edad no hay mujer fea; y puede afirmarse que Cecilia era bonita, á juzgar por el número de pretendientes que solicitaban su mano.

Cárlos fué admitido en casa de Cecilia, consiguió ser amado y fué el preferido.

Fijóse la época del casamiento; y mientras llegaba ese dia, Cárlos que era teniente 2^o de la Armada, fué á explorar por órden del Gobierno el Rio de** en la Provincia de Amazonas.

La ausencia fué siempre enemiga del amor; y Cárlos, de vuelta de su feliz exploracion fluvial, halló que otro habia explorado con mas fortuna los afectos del corazon de Cecilia.

El Dr. Barreto, con el prestigio de orador elocuente que conquistára en el Parlamento, habia suplantado al modesto oficial en el pecho de Cecilia; y el mismo dia que se efectuaba con gran pompa el casamiento de ambos en la poética capilla del Otero de la Gloria, una corbeta de guerra se deslizaba sobre las aguas de la bahía de Rio Janeiro, impulsada por una suave briza del Nordeste. Era la *Isabel* que conducia en viaje de instruccion á los alumnos Aspirantes de tercer año de la Escuela Naval.

A su bordo partia el teniente Cárlos.

Hay momentos en la vida en que el espíritu, abandonando su *yo* material, se desliga del tiempo y del espacio y desde el seno del infinito abarca el presente y el futuro de los dias de nuestro mundo.....

A esa nave que se apartaba, cubriendo con el patrio pabellon tantas esperanzas, tantas ilusiones juveniles, en medio de los *hurrahs* y al son de las músicas, una atmósfera melancólica la rodeaba. Era como el fúnebre sudario cubierto de flores, última prueba cariñosa con que los vivos se despiden de los muertos!

Las montañas estaban cubiertas de una niebla oscura como si vistiesen de luto, y el sol ocultándose á cada instante entre las nubes, parecia enjugar las lágrimas provocadas por un gran dolor.

Cárlos de pié sobre la cubierta del navío, como

la estatua del pesar, lanzaba una mirada sobre esa naturaleza que veía por la última vez, mirada profunda como los dolores que atravesaban su alma! Y cuando traspuesta la barra, las islas y la costa, la vista se perdía allá en el horizonte en un grupo de montañas azuladas é informes, como si despertase de un sueño, su pecho se expandió en una profunda inspiración, sus ojos fijáronse en el cielo, y como la palmera herida por el rayo inclina su copa hácia la tierra, dejó caer tristemente la cabeza sobre el pecho, escapándose de sus lábios un doloroso suspiro!

Cecilia, de vuelta de la capilla, donde por lazos indisolubles había unido en ese día y para siempre su destino al del Dr. Barreto, en medio de las fiestas y alegrías que contrastaban con las amarguras que sufría Cárlos, encerrado en su camarote y sobre las ondas; cuando fatigada de los cumplimientos, las lisonjas y el festín se retiró á sus aposentos, sobre su tocador y á los piés de una vírjen de marfil, último recuerdo de Cárlos, vió un papel cerrado que tomó descuidadamente, lo abrió y decía así: “Cecilia—Te dí mi amor, lo traicionastes; despreciarte sería tiempo perdido. Prefiero amarte, pues será mi castigo y al mismo tiempo mi venganza.”

II

Cárlos herido en el alma por la mas negra de las deslealtades, dejó la patria llevando el ódio y el deseo de la venganza en el corazon.

La velera *Isabel* habia recorrido diversos paises, y completaba el itinerario que el Gobierno Imperial le habia trazado, cuando bordejeando en el Estrecho de Gibraltar y arrastrada por las corrientes, naufragó en las agrestes costas de Riff, habitadas por tribus berberiscas independientes que viven de la pirateria. Esas tribus forman confederaciones que estando constantemente en guerra entre sí, se unen sin embargo para repeler las invasiones estrangeras y para el robo, formando entonces un ejército de cerca de cincuenta mil hombres.

La tribu mas audaz y mas afecta á la pirateria es la de los *Guelayos*. Ella fué la causa de la guerra entre España y Marruecos en 1859, por la constante hostilidad en que estaba con el presidio de *Melilla*, edificado en la Costa Oriental de la península terminada por el Cabo de las Tres Horcas.

En la mañana siguiente del naufragio, Cárlos y otro compañero se encontraban varados en la playa, sobre un pedazo de la popa de la corbeta.

Salvos milagrosamente de las ondas, y cuando

apénas habian caminado algunos pasos en la costa, fueron cercados por una multitud medio desnuda y armada de sables corvos como cimatarra, pistolas al cinto, grande fusil árabe y la imponente carabina trabuco característica de los habitantes de esa parte de Africa. Eran los terribles *Guclayos!*

Cárlos y su compañero fueron atados y conducidos en medio de esa multitud de hombres y mujeres pintados como salvajes de América. Tenian los párpados ennegrecidos con el *kohuel*, y ese artificio les daba á los ojos, grandes y brillantes, un resplandor extraño; los piés pintados de resina oscura estraida del *henné*, y los labios y encias tintas de rojo.

Desde ese instante una atonia moral se apoderó de Cárlos, como si la inteligencia se le apagase repentinamente por efecto de la fatiga y del hambre.

Rodeados por esos bárbaros, que gritaban y gesticulaban disputando entre sí la propiedad de los cautivos, el sol se ocultaba en Occidente; y despues de una noche pasada al raso atados á la carpa de su señor, vieron amanecer el nuevo dia, que debia preceder á tantos otros en que arrastrados de tribu en tribu, de mercado en mercado, teniendo por alimento dátiles y agua insalubre para mitigar una sed ardiente é insaciable, fueron de señor en señor llevados al traves del *Sahara tunecino*. Cárlos separado de su compañero fué vendido á

los *Tuaregos*, la mas importante de todas las tribus que habitan el Gran Desierto.

Entre esos hombres fuertes, de tez blanca, descalzos, armados de larga lanza, cuchillo y escudo de piel de elefante, encontró el descanso necesario para reparar su salud profundamente alterada. Su amo era un *targhi* de hermosos ojos, cabeza rasurada, con un mechon de cabellos en la parte superior del cráneo; vestia un *djeba* largo de rayas negras, calzones atados á la cintura por un cordon, y faja de lana. En la cabeza tenia un turbante alto ceñido por un lienzo que le cubria el rostro, dejando apenas á descubierto los ojos, por que allí los nobles no muestran sus facciones.

Un alimento sobrio, leche, dátiles, carne de carnero y de camello, tortas de harina y *cuzcuz*, y sobre todo la bondad de la mujer de su amo, contribuyeron para que Cárlos pudiese en breve tiempo ocuparse de los servicios á que lo destinaran. Cuidaba un rebaño de camellos en compañía de otros esclavos.

Al contrario de los hombres las mugeres de ese pais llevan el rostro descubierto, son bellas, de ojos azules, fáciles de engañar, sensibles y ardientes; visten saya negra, túnica del mismo color y toca—las ricas llevan muchas joyas.

Por esa época debia partir una caravana para Saldan de dos mil camellos cargados de seda, marfil, frutas y tejidos, para recibir de retorno lana, búfalos, arroz, miel y cera del comercio de Huassa.

El amo de Cárlos le ordenó que partiese y le siguió con la caravana por el inmenso Desierto.

III

Al fin de la tercera jornada, Cárlos empezaba á sentir una estraña alucinacion á que los árabes llaman *ragle*.

La marcha constante de la caravana le habia fatigado; la monotonia del desierto, donde la vista no encuentra reposo, llenábale de tristeza. Quería cerrar los ojos y una fuerza superior á su voluntad se lo impedia; los miembros fatigados anhelando descanso no le obedecian; el horizonte en continua oscilacion se acercaba y se alejaba turbándole la vista; la tierra se elevaba hasta el cielo y abriéndose en precipicios, parecia querer tragarle; despues una enorme muralla se levantaba delante del camello que facilmente la atravesaba; un océano embravecido surcado por naves que chocaban contra las rocas que se deshacian dejándoles fácil pasage; soldados desfilando por los flancos; mas tarde una sombra inmensa surgia de la tierra, y como un fantasma con los brazos abiertos, se elevaba hasta el cielo; de repente el cielo se abria y una infinidad de pequeñas estrellas formaban un resplandor centellante; á todo esto se juntaba el viento *Simoun* produciendo acordes estraños de una música misteriosa.

Cárlos no sabe el tiempo que fué juguete de esa

enfermedad; al recobrar la razon encontróse en una sala cuadrada, con las paredes tapizadas de raso, el suelo cubierto de pieles, teniendo por muebles grandes almohadones. Cerró los ojos, le parecia un sueño! abriólos de nuevo oyendo pronunciar distintamente su nombre, y vió sentado á su lado á su compañero de naufragio que estaba en compañía de otro hombre que lo miraba con interés y ternura.

Cárlos arrójosé en brazos de su compañero; sus lábios secos no podian articular palabra. Cómo espresar una situacion semejante de nuestra vida!

—Vamos, Cárlos, dame un abrazo —¿Acaso los años, la vida, el clima mudan tan radicalmente al amigo de la infancia que ya no me reconoces? Al oír esa voz hablándole en el idioma patrio, despues de tantas y tan variadas emociones, Cárlos dudó de su razon. Fijó sus ojos en los del que así le hablaba, y al través de las arrugas que surcaban aquel semblante requemado por el sol de Africa, un rayo del pasado, una reminiscencia dormida, una claridad intelectual vino á iluminarle. . . .

—Viveiros! dice apenas, y cayó en sus brazos que lo estrecharon con paternal cariño. Las lágrimas corrian por sus mejillas y se confundian en un solo sentimiento, mezclado de dolor y de placer, de pasado y de presente. No puede describirse la escena conmovedora que siguió á ese encuentro.

Si un dia la desgracia abate vuestra cabeza, y en el parasismo del dolor vuestra sensibilidad herida de mortal atonia ya no puede resistir mas, un rayo de esperanza iluminando vuestro espíritu os transporta súbitamente de las profundidades del abismo al cielo de la felicidad, entónces, solo entónces comprendereis esa situacion!

IV

¿Quien era Viveiros?

En 1850 el padre de Cárlos poseia una fábrica donde trabajaban treinta operarios: allí conoció Cárlos un portugues que se llamaba Viveiros y que fué su íntimo amigo, apesar de la diferencia de edades, pues aquel estaba en la infancia y éste habia entrado ya en la edad madura. Viveiros era emprendedor, tenia la ambicion de las riquezas; concibió el pensamiento de trasladarse á Africa y establecerse en San Pablo de Loanda.

En esa época hacia la carrera de Rio para Masamedes, Loanda y otros puntos menos importantes de Africa, un brigue de tercera clase llamado *Maria*. Sus viages redondos eran de sesenta dias; traia de Africa márfil, cera, etc., y llevaba de retorno géneros de algodón, café y madera.

Viveiros tomó pasage aborde del brigue *Maria* y partió, no sin manifestar á Cárlos el cariño que le tenia, y despues de mil protestas de volver á verse en este mundo. Al año siguiente Cárlos

recibió una carta, y despues nada supo ni oyó decir de su amigo. Siguió Cárlos su carrera, y con los años fueron borrándose de su memoria los recuerdos de esa amistad.

Viveiros habia conseguido acumular en nueve años de trabajos una fortuna colosal en el comercio de lana, seda, marfíl, comprando y vendiendo en el interior de Africa, y exportando para los puertos de Occidente esas ricas mercaderias. Tenia depósitos en Saldan, Huassa, Trípoli y Tunez. Amante de aventuras, solia acompañar las expediciones para la compra y venta en las grandes férias del interior.

En un mercado de esclavos de Saldan habia comprado al compañero de Cárlos, y por él supo el naufragio y la manera milagrosa como se habia salvado con otro compañero que nombró. Desde ese instante Viveiros, no teniendo la menor duda sobre la identidad de Cárlos, trató de buscarlo por intermedio de sus corresponsales; y así debia éste á la amistad, el haber sido arrancado del poder de los *Tuaregos* en el confin del Desierto.

Desde ese instante, Viveiros fué para él un padre: Carlos participó de sus negocios y fortuna. No teniendo éste para aquel secretos ni reservas, le reveló todo su pasado, sugetando á sus consejos las aspiraciones de su porvenir.

En el año siguiente, Carlos trasladóse á Marsella, y de allí tomó pasage para Rio Janeiro, con nombre supuesto y como agente comercial de la firma de “Viveiros y Ca.”

Al dejar las aguas de Guannabara, el año anterior, llevaba el ódio y el deseo de la venganza en el corazón: al regresar á Rio, la codiciada venganza, dirigia sus pasos.

Era el pensamiento de todos sus instantes... ¿Cómo realizarla? ¡aun no lo sabia!

Año y medio de amarguras morales, de sufrimientos físicos, y el clima ardiente del Desierto, habian cambiado por completo su rostro. ¿Quién podria reconocer en él, al muerto de la costa de Riff?

V

Diez y siete años despues de los acontecimientos que acabamos de narrar, un carruage tirado por una soberbia yunta de caballos *sainos*, paraba á la puerta de una casa de noble apariencia en la calle de ' ' .

Un lacayo abrió la portezuela, y una señora elegantemente vestida, apeóse y subió las escaleras que conducian al piso principal.

Momentos despues, la Baronesa de Barreto, sentada en un sofá forrado de satin azul, conversaba con su amiga Guillermina, esposa del Director General de la Secretaria de Marina.

--No esperaba tu visita á esta hora.

—Sí, apenas acabamos de almorzar, el Baron partió para el Senado: hoy se vota la contestacion al mensaje del trono, y la oposicion liberal ha

presentado una enmienda que importa un voto de desconfianza al Ministerio; todos los ministros debian concurrir temprano, para ponerse de acuerdo con sus amigos antes de la votacion: esa circunstancia me dejó libre dos horas mas temprano que de costumbre, y vengo á aprovecharlas en tu compañía.

—Gracias, Cecilia, siempre amable! Por qué te retiraste anoche tan temprano del recibo del Presidente del Consejo?

—Sabes que mi esposo ha sido el ministro mas combatido del gabinete; tenia necesidad de descanso para la lucha de hoy.

—Ya debe estar acostumbrado á esos combates de la palabra, él que tan brillantemente sabe esgrimirla.

—Veinte años de parlamento, dan autoridad é imponen obligaciones tan dificiles de conservar como de adquirir... pero no vengo á hacer política contigo. Dime, quien era aquel señor que te daba el brazo en el salon del *bouffet*, de bigotes canos y aspecto severo?

—Me lo presentó el Presidente del Consejo; es un Coronel de Artillería que no sé á que Nacion pertenece. Háblome de Africa, como si la conociese desde jóven, de Europa, como un viajero instruido y observador, de América, como si estuviese familiarizado con todas sus costumbres.

—¿Es casado?

—Es viudo. y tiene una hija de diez y siete años.

—¿Donde se hospeda?

—En el Hotel de los Estrangeros. ¿Te ha interesado?

—No; una persona desconocida en nuestra sociedad, justifica la curiosidad.

Con la volubilidad natural de las mujeres, la conversacion se dirigió á otros asuntos, y una hora mas tarde la Baronesa se despidió de su amiga hasta la noche.

Si un observador mas prevenido que Guillermina hubiese observado á la Baronesa durante la conversacion, habria notado la ansiedad que mal disfrazaba con la indiferencia de sus palabras, al tratarse del Coronel estrangeiro.

Pero qué motivos podia tener Guillermina para estrañar en su amiga una curiosidad que le parecia tan natural?

El carruage de la Baronesa, al partir de casa de Guillermina, tomó la direccion del Hotel de Estrangeros, al otro extremo de la ciudad; media hora despues, un criado anunció al Coronel la visita de la señora Baronesa de Barreto.

El Coronel ocupaba todo el piso principal del hotel; en el momento en que le anunciaron la Baronesa, estaba sentado al lado de su hija en uno de los aposentos interiores, cuya vista se estendia sobre las montañas del *Corcovado* y de *Tijuca*.

Era una jóven de diez y siete años: su cuna fué mecida por las brisas del mediodia á la sombra de los castaños y en las tardes de estío. . . . En sus ojos negros, velados por sedosas pestañas,

se concentraban los rayos del sol de fuego del cielo de su patria; algunas veces se dirigian perezosamente de uno á otro objeto sin fijeza, otras centellaban como los astros desnublados; una nariz recta cuyo ángulo se quebraba sobre unos lábios arqueados como las alas de un querubin, cuando se unen antes de tomar el vuelo y luego se abren para despedir un beso; un perfecto óvalo circunlando dos pómulos del color del *jambo* [1]; una frente espaciosa coronada por largos y hermosos cabellos negros, un cuello alto y redondo, un talle flexible como las cañas movidas por el viento, terminando su retrato las mas correctas proporciones de todos sus miembros.

Huérfana de madre á los cuatro meses, segun le decia su padre, Cármen no pudo gozar en su infancia las tiernas caricias maternas; pero le sobraban los solícitos cuidados de un padre cariñoso que dia y noche se ocupaba de su felicidad.

El Coronel besó su hija, le dijo que esperase y entró al salon.

VI

El Coronel de pié y apoyado en el espaldar de un sillón, tenia la vista fija hácia la puerta; su fisonomía impassible y severa, su mirar penetrante y frio, su tez bronceada, los cabellos canos de su

(1) Fruta del Brasil.

bigote y cabeza, daban un aire de simpática serenidad á su semblante.

La Baronesa entró, dió algunos pasos en direccion al Coronel y se detuvo: su rostro estaba oculto por un velo de sarga negro, negro era tambien su vestido, y apenas se destacaba el blanco transparente de su cuello y la parte inferior del óvalo de su rostro.

Hubo un momento de silencio; ambos retenian la respiracion: ese momento fué una eternidad para los dos.

—Señora, el alto honor de recibiros en mi casa me ha vuelto descortés—¿Quereis tener la bondad de sentaros?

El Coronel inclinándose, le indicaba con la mano, un sitio en el divan.

La Baronesa se inclinó agradeciendo, dió algunos pasos y se sentó.

—Señor Coronel, antes de deciros el motivo de esta visita, os pido me disculpeis el haberla solicitado; tengo razones poderosas que la justifican, como en breve lo sabreis.

—Señora, cualquiera que sea la causa que obligue á la señora Baronesa de Barreto á pasar el umbral de este aposento, es siempre honorífica para el que tiene la honra de recibirla en este momento.

—Gracias, señor Coronel: espero de vuestra amabilidad é hidalguia, me contesteis á lo siguiente:

—¿Habeis estado en Africa?

—Allí pasé la mayor parte de mi juventud.

—¿Sois americano?

—No sé dónde nací, señora.

La Baronesa estuvo un momento silenciosa, y despues prosiguió:

—Tened la bondad de oirme.

—Os escucho, señora Baronesa.

—Tengo una amiga de la infancia á quien mucho aprecio, la conocí desde el colegio, fuí la confidente íntima de su corazon desde esa época; conozco toda su vida, con sus dolores y sus perdidas ilusiones de felicidad—élla es la causa de mi visita.

La Baronesa se detuvo.

—Tened la bondad de continuar.

—Mi amiga tuvo en su juventud un novio que la amaba con toda la grandeza de un carácter noble, confiado y altivo. Por conveniencias de familia, se habia aplazado el casamiento por un año; en este tiempo él, que era oficial de la Armada y debia levantar no sé que carta de navegacion de uno de nuestros innumerables rios, partió para desempeñar su comision.

En el momento de despedida, mi amiga entrególe un *pensamiento* con que adornaba esa mañana su pecho, diciéndole: “Cárlos, lleva contigo ese pensamiento; estuvo toda la mañana sobre mi corazon; van con él todas las pulsaciones de una vida que es tuya.” El besó la flor y la mano que se la ofrecia, y partió.

Los primeros meses de ausencia fueron un mar-

tirio para la vida de mi amiga: su salud iba debilitándose dia á dia; su madre, que tanto la quería, buscábale distracciones por consejo de los médicos: los paseos, las reuniones, los teatros, todo cuanto puede influir en el espíritu de una jóven de diez y ocho años, sin experiencia del mundo, se le facilitaba.

Poco á poco, cediendo á esa atraccion embriagadora que produce la lisonja en los oidos de las jóvenes deseosas de agradar, fué insensiblemente dejándose cautivar por la palabra elocuente, el prestigio y el corazon de un jóven diputado, orador ya notable en esa época.

La Baronesa se detuvo nuevamente.

El Coronel, cuya fisonomía era hasta entónces fria, comenzaba á animarse; sus ojos despedían rayos que parecían traspasar el pecho de la Baronesa, que prosiguió:

—Pasaré en silencio esa época de la vida de mi amiga, y la manera como, un nuevo amor, destruyó en su corazon las promesas é imágenes de un pasado no muy distante.

Veinte dias antes de la época prefijada, Cárlos se presentó á reclamar el cumplimiento de la promesa que se le habia hecho.

No quiero juzgar el dolor que experimentaria un corazon como el suyo, la lealtad de su carácter, al saber que su novia estaba comprometida para casarse con otro dentro de ocho dias.....

Esto pasaba en el año de 1859. Mi amiga no lo vió, ni quiso recibirlo: el sábado siguiente se

casaba en la capilla de la Gloria á las once de la mañana; á esa misma hora, una salva de despedida, anunciaba que la corbeta *Isabel* trasponia la barra, en viaje de instruccion á Europa, conduciendo los Aspirantes de Marina. Cárlos habia obtenido, como una gracia por los servicios que acababa de prestar, un permiso y un lugar abordo de tan linda como desgraciada corbeta.

Mi amiga al volver de la capilla á su casa, encontró sobre el tocador y á los piés de una vírjen de marfil, que era la última prueba del amor de Cárlos, un billete que decia lo siguiente: “Te dí mi amor, lo traicionastes; ¡despreciarte seria tiempo perdido; prefiero amarte, ese será mi castigo y al mismo tiempo mi venganza.”

El rostro del Coronel estaba lívido, temblábanle los lábios. La Baronesa, con los ojos bajos, prosiguió:

—Ocho meses despues, el marido de mi amiga habia conquistado en el Parlamento la cartera de Marina, y fué por esto que élla supo primero el naufragio de la velera corbeta que conducia á Cárlos, en las costas de Africa, cerca del Estrecho de Gibraltar. Casi todos perecieron, y los pocos que se salvaron fueron víctimas de la ferocidad de las tribus africanas.

Entónces mi amiga sintió que los remordimientos desgarraban su corazon. Empero, parece que el cielo quiso apiadarse de élla, concediéndole una hija que fué su esperanza, su alegria y su perdon!.....

La Baronesa enjugóse las lágrimas que corrían por sus mejillas: los ojos del Coronel centellaban!

—Mi amiga hizo interesar á su esposo en la suerte de Cárlos, sin revelarle el secreto de su pasado; el Ministro empleó toda su influencia oficial, para saber noticias de los náufragos que escaparon al desastre; algunos pocos llegaron á la patria, el resto estaba muerto ó cautivo—Cárlos era de los últimos: mi amiga lloró su suerte....

No hay placer, no hay alegría que pueda compararse á la de una madre al estrechar en sus brazos al primer fruto de su amor! Era el único refugio de sus penas, y pasaba las horas acariciando aquella hija idolatrada!

La Baronesa llevó de nuevo el pañuelo al rostro: el Coronel parecia una estátua.

—Una noche al volver del comedor donde tomaban el té, mi amiga encontró el lecho de su hija vacío; la ama dormía.....trató inútilmente de despertarla—estaba narcotizada!

Cuanto es capaz de hacer el amor de madre, la influencia de un Ministro, todo se empleó en vano, y hasta hoy no sé lo que ha sido de mi hija!....

—De vuestra hija? repitió como sorprendido el Coronel.

—Sí, Cárlos, fuisteis vos, que no habeis muerto quien me arrebató mi hija; mi corazón de madre bien me lo dice!.....¿Y mi hija Cárlos?

Y la Baronesa de pié, la mirada centellante, apostrofaba al Coronel: todo el dolor comprimido

por los esfuerzos que hacia para dominarlo durante la narracion de su propio pasado, estalló al fin en esas palabras, que mas parecian un grito de dolor que un reproche!

—Señora, cuán doloroso debe ser al corazon de una madre, la separacion de su hija cuyo destino ignora: los muertos al ménos duermen tranquilos en la tumba, cuyo reposo nada puede turbarles; pero un vivo que ha muerto solamente para nosotros, es un martirio constante. Pasará á nuestro lado ignorado y desconocido, mirándonos indiferentemente, sin que podamos saber su destino! Esa parte perdida de nuestro sér vagará sola y errante por sobre la tierra, buscando en vano el tronco que le dió la vida; en cualquier parte que respire un sér nos parecerá sentir su respiro; un grito de agonía lanzado en medio de la noche nos hará oír su voz pidiendo socorro; . . una sonrisa de alegria en medio de las fiestas nos recordará su sonrisa.; Oh, señora, comprendo vuestro dolor!—pero por lo mismo que es tan grande, os hace perder la razon! Yo soy el Coronel Olivier: nada hay de comun entre mi nombre y ese nombre que invocais! Yo no soy ese Cárlos, que ha muerto, á quien buscáis!

Las palabras del coronel caian de sus lábios, frias, aceradas, ardientes, intencionadas, recorriendo todos los tonos de la pasion, desde el ódio hasta el sarcasmo, desde la ironía mas cruel hasta el placer impio que produce la satisfaccion de una venganza largo tiempo esperada!

La Baronesa estaba petrificada ante el aspecto imponente del Coronel: se estremeció, abrió estremadamente los ojos y los lábios y se llevó las manos á la cabeza.

—¡Por piedad, Cárlos, mi hija! He sufrido mucho..... vuestra venganza ha sido cruel..... sin embargo no me quejo..... vengo á suplicaros piedad! No es posible que vuestro corazon se haya endurecido tanto; yo os conocí sensible y cariñoso..... vuestra alma era grande y generosa..... No traté de disimular mi falta, porque contaba con vuestra magnanimidad.... fuí pérfida, olvidé mis compromisos para con vos; descendí en vuestro concepto tanto, cuanto elevado era el lugar que en él ocupaba; por eso mismo el golpe fué mas sensible. Podeis descargar sobre mi el peso de vuestro ódio—yo soy la sola culpable; pero no involucrais en mi destino ese pobre ángel, que no tiene otra culpa que el haber nacido! Sed generoso, oid la voz de vuestra conciencia, y no sacrificueis al placer de la venganza los mas nobles atributos del corazon! Si no pude amaros, dejadme al ménos conservar la admiracion que tengo por vuestro carácter!... Mi hija, Cárlos! Volved á esta madre inconsolable esa parte idolatrada de su alma, y á esa hija el único amor que no puede reemplazarse en la tierra!

Estas palabras dichas en tono de súplica, con la espresion del mas profundo dolor, y humedecidas por las lágrimas, parecieron conmover al Coronel, que mal disimulaba su emocion.

—Ya que en medio de vuestra grandeza, no se borró de vuestra memoria el recuerdo del desventurado Carlos, no seré yo quien por mas tiempo os lo oculte. Si, yo soy Carlos! pero ya no aquel Carlos de otros tiempos! Veinte años de sufrimientos modifican por completo una existencia, menos una venganza! Me hablais de piedad! La tuvisteis vos, cuando un dia disipasteis todas mis esperanzas, desgarrando cruelmente este corazon que solo palpitaba por vuestro amor? Me hablas de conciencia! Yo os muestro la justicia: ese es su fallo!

—¿Donde está la justicia, si condenais la inocencia?

—“ Los hijos pagarán por los padres hasta la quinta generacion,” dice el Evangelio!

—Jesús perdonó en el Calvario, é intercedió por sus verdugos!

—Ignoraban ellos lo que hacian....

—¿Y puede el corazon de una mujer jóven y apasionada practicar el mal por solo el placer de hacerlo?

—La justicia no es la bondad; lo contingente no es lo necesario.

—¿ Donde está la garantía de vuestra imparcialidad, si ofendido juzgais y castigais?

—La conciencia no engaña!

—¿ Y vuestras pasiones?

—¿ Confesais la falta!

—¿ Exagerais el castigo!

—¿ Quereis un Juez?

—¡ Yo lo seré !

—¿ Quién ? . . . ¡ tú, Carmen !

—Sí! yo que todo lo sé, por que todo lo he oido! dijo la jóven con voz firme y sonora, dejando caer una ardiente mirada sobre el Coronel que bajó la suya.

—¡ Mi madre !

—¡ Mi hija !

—¡ Si, tu eres mi madre! y se arrojó en los brazos de la Baronesa.

—Mi hija! . . . mi hija! . . . sí, tu eres mi hija! ¿ no es verdad ? hija mia !

Y la Baronesa, entre lágrimas y sollozos, repetía estas palabras entrecortadas, como si buscasse en su alma una nota, capaz de traducir los diversos sentimientos que la variada modulacion de la voz en vano trataba de espresar!

La Baronesa, en la efusion de su alma, estrechaba á su hija contra su seno, la separaba de sí para devorarla con la mirada, la besaba acariciándole el rostro y la cabeza con sus manos, y siempre sollozando repetía:

—Hija ! . . . hija mia !

—Ah ! si el sentimiento maternal no es mas que un instinto, si se debe solamente á la educacion y á la costumbre el mayor grado de su desenvolvimiento, si esos rasgos de valor que convierten la mujer, sér débil y delicado, en heróica defensora de su prole, no es mas que fruto de un impulso instintivo á que se niega moralidad, por que les falta la deliberacion que impide realizar-

los instantáneamente; aún así, ¡oh amor de madre! yo te glorifico y te bendigo!

Mas no; el instinto social es idéntico al sentimiento moral: no hay pues egoismo, en lo que ostenta de mas noble la naturaleza humana.

En cuanto al Coronel, preocupado por la escena que tenia con la Baronesa, no observó que su hija, atraída por las lágrimas de aquella y por su silencio, habia visto y oído todo desde la puerta inmediata.

Cuando oyó la voz de Carmen, y presenció la rápida escena que se siguió entre ésta y su madre, ya no pensó en resistir mas.

Entretanto, la madre y la hija abrazadas, descendieron rápidamente las escaleras, y el golpe de la portezuela al cerrarse, se apagó por el ruido del carruage que se alejaba, y poco á poco se estinguó en el inmenso bullicio de la ciudad.

V I I

En uno de los capítulos precedentes, vimos que diez y siete años antes, Carlos llegaba á Rio Janeiro como agente de la casa comercial de ‘ Viveiros y Ca., ’ con el fin de realizar la venganza que premeditaba, y que aun no sabia como realizarla.

Una vez llegado á esa ciudad, disponiendo de recursos, le fué fácil corromper los criados de Barreto. Cuando supo que tenia una hija, compren-

dió que ahí estaba su venganza, y trató de apoderarse de élla.

Lo demas ya lo sabemos.

De vuelta á Europa se estableció en Roma, y allí vió crecer en su compañía la hija de su rival. Era un angel de ternura, que mucho se parecia á su madre: su semejanza con Cecilia, le producía una tempestad de odio en el alma, que le obligaba á volver el rostro y apartarse rápidamente de su lado; pero un encanto irresistible le arrastraba hacia élla y le obligaba á mirarla: era como la atraccion del abismo! Algun tiempo despues esa repugnancia se trocó en una complacencia amarga; sentía ya algo como píacer, mezclado de cierto dolor suave, que lo consolaba de los sufrimientos pasados.

Cosa singular!

Lo que mas buscaba entonces, eran los mismos rasgos de semejanza con la madre, que antes le mortificaban tanto. ¿Seria que amase todavia á Cecilia? Misterios del alma!

A los siete años, Carmen [fué el nombre que dió á la hija de Cecilia], manifestaba tal disposicion intelectual, que asombraba á los profesores á quienes habia encargado los cuidados de su educacion.

A los catorce años poseia varios idiomas y una instruccion sólida.

Viajó con ella por Alemania, Francia, Inglaterra, Rusia, Escocia y Egipto. Llegó á amarla

como si realmente fuese su hija, y en élla perdonara á la madre. . . .

El pensamiento de volver á ver á Cecilia no le abandonaba nunca; queria saber si su venganza era eficaz, si Cecilia sentia la pérdida de su hija.

Llegados á Rio Janeiro, se alojaron en el Hotel de los Estrangeros, en los arrabales de la ciudad.

Gracias al número considerable de cartas que traia, tuvo muchas relaciones; y fué en un recibo del Presidente del Consejo, que encontró á Cecilia, la víspera del dia de su entrevista con élla en el Hotel de los Estrangeros.

Su pasaporte dado por el Gobierno Francés, lo acreditaba como Coronel de Artillería en comision, acompañado de su hija; tenía pues inmunidades para él y Carmen, que ninguna autoridad desconoceria.

Así pues, dónde encontraría la Baronesa pruebas de que Carmen era su hija?

¿ En su corazon de madre ?

Pero esa prueba, concluyente para élla, no bastaba ante los Tribunales para reclamarla legalmente.

El Coronel podia pues arrebatarla de nuevo su hija, y ésta vez en peores condiciones, porque á la separacion se unian las zozobras del destino que la reservaria, despues de la conducta de Carmen.

Convenia pues á la Baronesa ocultar su hija, y en lugar de acusar al Coronel, apaciguarlo por todos los medios posibles.

El Baron instruido, pues era indispensable, del pasado de Cecilia, se encargó de esa delicada comision, y al dia siguiente se dirigió al hotel.

Era por demás delicada la posicion del Baron. El, el padre que debiera castigar al delincuente, iba ante su rival á contemporizar con el crimen, rogándole que le dejase en posesion tranquila de su propia hija, de que habia sido despojado hacia diez y ocho años.

¿No podria una frase, provocada por el ódio que naturalmente se guardaban, convertir esa entrevista amistosa en una lucha cuyas consecuencias era difícil calcular?

El Baron, empero, era hombre de Estado, habia aprendido á encadenar su sensibilidad desde los primeros años de su vida pública; sabia oponer al ardor del Coronel la frialdad de la lójica en provecho de las conveniencias.

Subió al primer piso del hotel, preguntó por el Coronel Olivier, y entregó su tarjeta.

—Partió esta mañana para Europa.

—Partió!

—Si, señor, dejando una carta y una encomienda para el señor Baron de Barreto, que sois vos, segun veo?

—Si, yo soy.

—El Baron recibió la carta y un cofre de ambar con una llave de oro; rompió el sobre y leyó:

“Exmo. señor Baron de Barreto:

Un dia me retiraba yo de esta ciudad para Eu-

ropa, y en el momento de tomar el vapor, me fué entregada una preciosa niña, recomendándoseme que le sirviera de padre hasta que su familia la reclamase. Pensé primero entregarla á una casa de Expósitos, pero siendo entonces solo, como aun lo soy, bien podia encargarme del cuidado de esa hija adoptiva.

Des de esa época han pasado diez y ocho años.

Creo haber hecho por élla todo cuanto haria por mi propia hija: eduquéla en los principios de la moral mas severa, dándole una instruccion superior á la generalidad de las de su sexo. Por una coincidencia que callo, supe hace seis meses, quienes eran sus verdaderos padres, y á ellos la entrego en este momento.

Tened la bondad de recibir este cofre, cuya llave os será entregada; en él encontrareis los títulos de la fortuna de Cármen, y además un relicario de oro con las iniciales *C. de B.* que estaba pendiente de su cuello el dia que la recibí. Saluda á V. E.

El Coronel Olivier".

El Baron no esperaba este desenlace, y mal podia disimular su sorpresa: en una mano tenia el cofre y con la otra apretaba la carta del Coronel.

Bajó por fin, y tomando su carruaje volvió á su casa donde su esposa le esperaba sobresaltada.

Viéndole entrar, media hora despues de haber partido, pensó ella que el Baron no habia encon-

rado al Coronel. El Baron estendió en silencio el brazo presentándole la carta, y colocó sobre la mesa el cofre de ambar.

La Baronesa devoró con los ojos su contenido, y luego volviéndose á su esposo, con manifiesta expresion de inquietud, le preguntó:

—Y él?

—Partió esta mañana en el paquete francés para Europa.

—Ah! respiró la Baronesa.

El cofre fué abierto: dentro habia pólizas de la deuda pública del Brasil por valor de doscientos mil pesos fuertes, y un relicario que la Baronesa reconoció inmediatamente y abrió; contenia un *pensamiento* seco y un papel escrito con caracteres apenas lejíbles que decia así: “O... lleva contigo este pensamiento; estuvo toda la mañana sobre mi corazon. van con él todas las pulsaciones de mi vida que es tuya”.

La Baronesa se desmayó.

Las pólizas fueron entregadas en nombre de un bienhechor desconocido á la Santa Casa de Misericordia de Rio Janeiro.

Pasaron seis meses.

Una mañana recibió el Baron por el Consulado de Italia, la siguiente carta que le obligó á partir para Europa un mes despues.

“El señor Baron de Barreto, en representacion de su hija la señorita Cármen, es invitado á presentarse en este consulado, para ser notificado del testamento del coronel Olivier fallecido en Roma,

por el cual lega á la misma toda su fortuna en propiedades y bienes muebles, constantes de inventario que se levantó en aquella ciudad en la misma época”.

VIII

Al pié de los Alpes, en el distrito de Saboya, está situado el pequeño cementerio de la ciudad de **.

El hielo acumulado durante el invierno se derrite bajo los rayos del sol de estio, y las aguas cayendo de piedra en piedra en las quebradas de la montaña, se derraman en la falda y van á rebozar en el lago.

En el Campo Santo las gotas del rocío de la noche, pendiendo de las hojas de los arbustos y de los chapiteles de los sepulcros, reflejaban como prismas los variados matices del arco iris . . .

El pólen de las flores, flotando en las corrientes atmosféricas, vaga á merced de los céfiros, impregnando el ambiente con embriagadores perfumes

Por todas partes la vida!

La vida que se agita y que germina en el mismo campo misterioso de la muerte!

Un grupo de la mitología corona un monumento de mármol recientemente levantado.

El alado Pegaso, montado por Perseo, hunde los aires en dirección á Berberia, Atlas le cierra

el paso, y aquel lo petrifica mostrándole la cabeza de Medusa.

Junto á este monumento están de rodillas dos mujeres vestidas de luto: lágrimas silenciosas corren por sus mejillas, palabras entrecortadas por los sollozos murmuran sus lábios.

—Me queria mucho!....

—Me amó....!

Eran Cármen y Cecilia que iban á depositar dos coronas de *pensamientos* en la tumba de Cárlos.

Su inmensa fortuna fué distribuida entre las hermandades de Caridad y Beneficencia: la delicadeza de ambas, solo les permitió conservar el cofre, y un manuscrito del cual arrancamos estas páginas.

.....

PAGINAS DEL DIARIO DEL CORONEL

EN LA LAGUNA

Cuán cambiado está todo de lo que antes era!

La laguna que en otro tiempo apenas encerraba en su centro un poco de agua cenagosa, hoy se ostenta inmensa y transparente como un mar!

Sus márgenes se pierden en el horizonte confundidas con el cielo que se refleja en su mansa y tersa superficie!

La vista de las aguas, ya sean del océano re-

voltoso ó del tranquilo lago, despiertan en mi alma todas las reminiscencias dormidas de la infancia!

Vivo en otra vida. . . .

Cuando mis ojos se abrieron á la luz del dia, se dilataron en la poética bahía de Guanabara, que fué el teatro de mis juegos infantiles.

Aquí donde apacentaban mansas ovejas, se deslizan los cisnes ostentando sus nevadas plumas.

Esta mañana al volver de la caza, revolotearon algunos patos, sorprendidos por el carruaje que se aproximaba. Partió un tiro. . . . y uno de ellos desapareció de aquella sociedad de regocijos inocentes!

La consorte ahora está sola.

¿Qué busca sin apartarse de estos lugares?

¿El padre, el hermano, el esposo?

¡Pobre viuda, vagaras solitaria por toda la vida!

En otra época estas márgenes, apenas se vestían de grama en la primavera para desnudarse en otoño; hoy una vegetación tupida y cubierta de flores amarillas, oculta las desnudas barrancas de otrora.

En el jardín cuántas y cuán variadas flores!

Era un terreno inculto cubierto de maleza.

Hoy la *acacia rosa*, personificación de la elegancia, de la gentilza y del casto amor, cubre la modesta flor del *aciano*, tan delicada en su melancolía.

Incrustado en las sombrías paredes veo florecer el *alelí*: flor de todas las estaciones, simboliza el despecho que envenena el corazón en todas las edades de la vida!

Y tú, *amapola*, belleza efímera, eres como la gratitud tan frágil que el menor soplo te aniquila.....

Cuánto te amo, oh *anémona*, emblema de los dolores del corazón!

Flor de *naranja*.... El jardín de Hespérides, allá en la Bética, te vió florecer, y los dorados pomos que provocaran la discordia en las bodas de Tetis y Peleo, que sirvieran de incentivo á Hippomene para lograr los favores y la mano de Atlante, fueron frutos de tu inagotable tesoro; hoy vistes la castidad y acompañas la novia en su noche de bodas.

Flor de lis! te consagrara la mas noble y desinteresada de las naciones, colocándote en el blason de sus reyes!

Boton de oro - tu emblema es una mentira; no se ama eternamente!

Clavel! te originó el mal humor de una diosa: nacido de los ojos de los pastores, eres todo ternura!

Rosa—Anacreonte te hizo nacer de las aguas como Vénus; tus pétalos blancos primitivamente, conservan hoy el color de la sangre de la Diosa del amor.

Y tú, ciprés, emblema del luto y del llanto,

vives en.re las flores recordándoles el término de esta vida!

EN EL PARQUE

Héme en el parque!

Estos *paraísos* entrelazando sus gajos en una bóveda de follage, que se pierde en la perspectiva de los troncos y verdura, limitándose en la abertura por donde se ve el cielo de un puro azul; esta doble hilera de añosos *nogales*, cuyos troncos grabados con diversos nombres y fechas tan distantes; estos *eucaliptos* que se elevan orgullosamente hasta el cielo; estos bosques de *naranjos* tan copudos, donde se escucha el triste arrullo de la tórtola; ese esplendor de la naturaleza, eleva el espíritu hasta el sentimiento del bello ideal, en la frase elocuente de San Agustín!

EL CIELO DE LA TARDE

Las nubes no se ven mover.

Se deslizan suave y tranquilamente en el cielo azul.

Las formas se modifican, desprendiéndose como gases que pierden la fuerza cohesiva.

Su color es blanco como la nieve, esfumada algunas veces de color ceniciento por la proyección de las sombras.

Gira una y después otra, siempre conservando las respectivas distancias, con la misma velocidad como si fueran los rayos de un circo en continuo movimiento; y así pasan hasta perderse allá en el horizonte!

Cuando de una masa de nubes se enrarece el centro y se divide en dos, parece que una avanza y la otra se atrasa, para ser en breve absorbida por otra que le sigue.

Empero esa ilusion se desvanece desde luego, por que la uniformidad del movimiento es general.

Para verlas deslizarse, es necesario mirar al mismo tiempo el cielo y la tierra desde un punto firme como un meridiano.

Una nube pequeña, casi imperceptible pasó como las otras á deshacerse.

Anda, átomo perdido en el infinito, á sepultaros en la inmenidad de los espacios!

LA FELICIDAD

Un día pensé en la felicidad.

Entónces me preguntaba si podria encontrarla y gozar sus delicias.

Fué un sueño!

Mi corazon estremecido quizo expandirse, pero la llama despedida se apagó al soplo helado de la realidad.....

Fué como aquellos fuegos fátuos que pueblan los cementerios en las noches de verano — engañadoras visiones que espantan á los vivos y que se desvanecen apénas se levantan de la tierra.....

Hoy estoy resignado!

Pero con la resignacion del estóico que cifra su felicidad en la disminucion de los goces y los placeres, aun cuando aniquila su sensibilidad.

Si á cada placer de una duracion efímera, le

sigue un prolongado pesar, claro es que vale mas no gozar, para no aumentar el sufrimiento con los cuidados que reclama el porvenir de un corazon que palpita á nuestro lado.....

Será egoismo no gozar por no sufrir; pero aun queda en este corazon una llama, que eleva y ennoblece el amor de la humanidad!

Cuando ya no viva para él, latirá para los que sufren, y realizando una santa mision dirá como el poeta:—“solo y triste.”

HIMNO Á DIOS EN LOS TRÓPICOS

Es en la magestad de la naturaleza tropical, donde todo es grande y se eleva á Dios, que el corazon ama con el entusiasmo del infinito!

Allí, donde el ardor del clima acelera la circulacion de la sangre, las pasiones son mas violentas, se ama profundamente.

Se ama con el fuego de una alma que se consume presa en este mundo, y cuya llama se esfuerza por desprenderse de la materia que la encadena para volar hasta Dios, su única esperanza!

Allí no basta lo finito; es preciso que los pensamientos se confundan, la misma moral ennoblezca los actos, una misma religion reciba los himnos de un mismo corazon representado por dos seres que se aman, y que viven para alivio uno del otro.

Ese es el amor ardiente que enciende en nuestros corazones el sol de los trópicos, amor

que nace una sola vez, que dá vida si lo alimentan, ó que mata si lo abandonan á la ingratitud y al desamor!

Penetrad al seno de una floresta vírgen, donde la mano del hombre no profanó todavia el esplendor de la creacion: á cada paso dejareis una huella indeleble y oireis como un ruido lastimero que os sorprende, como una queja de las hojas secas que se deshacen bajo vuestros piés; sentireis un no sé qué de voluptuoso que os oprime y aniquila la energía; luego mil ruidos confusos de multitud de insectos que se levantan y revolotean en torno vuestro, despues el silbido de triste habitante sorprendido entre el ramaje, y por último una sola voz, ruidosa, confusa, indescriptible, formada por el coro armónico de la naturaleza....

Ese es el himno de Dios, magestuoso por la grandeza de donde emana, inmenso como el infinito á donde se eleva!

DESALIENTO

Las ilusiones de los veinte años se disipan apenas aparecen, como las heladas de la noche al sople de la brisa de la mañana.

Se entra á la vida con el pecho lleno de encantos, el corazon abierto á todas las expansiones generosas, y el alma pura: se espera ser feliz!

En el misterio de la noche, la imaginacion divagando por mundos de luz, entreveia la suerte risueña que me esperaba, contemplaba las dulces imágenes de la felicidad, y en medio de esas vi-

siones creadas por mi ardiente fantasía, estabas tú, oh Cecilia!

Hay Génios benéficos que veían el futuro de los seres predestinados; hay destinos que se cumplen con el rigor de las leyes necesarias.

Tú, tienes tu Génio!

Yo cumplo mi destino!

No nací para la felicidad.....!

Fueron amargos los días de mi pasado, y crueles los del presente; tales serán los del futuro!

Hubo un tiempo en que consagrándome al alivio de los desgraciados encontré un motivo para vivir.

Hoy con el alma marchita por los desencantos, abrumado por las fatigas, ya no gozo de ese placer. . . .

Como Azhaverus el maldito, quise un día sentarme á la puerta de la felicidad; como él fuí arrojado, señalándome el Universo y el camino infinito hasta el día de la redención!

Cojo el baston de peregrino y alzando los ojos al cielo digo como él: ¡piedad, Dios mio!

Y si despues del transcurso de los años, encontráis un día en el polvo del camino el manto destrozado del peregrino maldito, oh Cecilia, tú que lo arrojaste del dintel de la felicidad, dale una lágrima: esa será la única recompensa de haberte amado tanto!

Sed feliz.

Adios!

.....

